

Urbe militarizada, amurallada como Jerusalén, blindada para defenderse del terror, llena de prohibiciones para cuidar la salud de sus pobladores con el fin de no permitirles morir antes de tiempo; ciudad, en fin, cerrada como una cárcel. Es la denominada Ciudad Amurallada en la que vivimos en el año 2036.

El caso

En mi ficha de detective de hace veinte años se especifica que soy de complexión atlética. Me curtí lo justo en los gimnasios, nadé lo imprescindible en las piscinas, y corrí lo necesario por las calles y espacios abovedados. Ahora mi cuerpo está castigado por los años que me han pasado como un *bulldozer* por encima.

Cada vez que a un coche lo inunda el polvo, los neumáticos se han deshinchado, y las llantas tocan el suelo, me llaman para saber qué ha ocurrido. La misión: encontrar al ocupante de aquel vehículo abandonado.

Un rótulo iluminado anuncia en letras blancas y rojas “Ciudad del Siglo XX”, y justo debajo otra frase dice: “No sienta más nostalgia”. Al llegar entrego mis credenciales y me dirijo al enorme aparcamiento para buscar la plaza Z223. La letra Z significa la última avenida de una serie de abecedario que en paralelo recorre la anchura del parking, el número 223 corresponde al emplazamiento donde el coche se abandona al paso del tiempo.

El día es soleado y avanzo a paso tranquilo desviando levemente la mirada, según me indican las señales de los cruces, a través de las gafas de cristal de espejo. Los coches destellan sus colores por el efecto de la reflexión de los rayos solares en sus carrocerías sintéticas. Son grandes, seguros y confortables, con numerosas ruedas a lo largo de sus contornos como orugas varadas en formación sobre el cemento. Cuando me voy acercando al lugar, al número indicado, una especie de oscuridad, de sombra, se cierne como una nube negra en un vacío. El coche derrumbado se halla cubierto de suciedad, de polvo y los cristales no dejan ver nada. Lo rodeo, verifico la matrícula y después sin inmutarme le pego una patada a una de las ventanillas. El cristal se hace añicos. Luego, me pongo unos guantes para no cortarme ni dejar huellas. En el interior no parece haber ningún rastro sospechoso.

Enseguida, me dirijo al edificio de las oficinas del descomunal Parque de Atracciones, como de esta manera también se califica al lugar, una ciudad anacrónica para los tiempos que corren a finales de los años treinta del siglo XXI. Subo a la planta décima y pregunto por el encargado de casos perdidos.

–¡Hombre, J Solo, es usted! ¿Lo ha visto? –dice un personaje escuálido, de menudas proporciones, desde su grandioso sillón anatómico.

Siempre me ha parecido un mequetrefe. Me acomodo las gafas en la frente y asiento con un leve movimiento de cabeza.

–Ahora empieza su trabajo. La policía no da con ella. Aquí tiene su foto. Esto fue hace exactamente tres meses.

La cojo para observar su cara detenidamente. Es joven, no tiene todavía treinta años. Pelo rubio y ojos de color miel. Su mirada atractiva, acompañada de una timidez desconcertante, refleja cierto desvalimiento aunque algo en ella me alerta de que puede esconder todo lo contrario. En general, cuando llegan aquí y les hacen las fotografías todos están la mar de radiantes. Vienen a la Ciudad del Siglo XX a disfrutar de la libertad perdida. A desentumecer sus emociones dormidas o controladas en nuestra agobiante Ciudad Amurallada. Pero ella, Lara Márquez, en la foto al menos, no parece alumbrar esa emoción.

–¿Cuándo fue vista por última vez?

–Salió del hotel Majestic, donde se hospedaba hacia el mediodía. Iba en un descapotable azul y se dirigió hacia las montañas, en la reserva natural que corresponde a la jurisdicción del Parque, según creyó oír el recepcionista.

–¿Creyó o escuchó? –digo para puntualizar las cosas, para que se dé cuenta de que el olfato de detective está ya engrasado.

–Pidió un mapa de esa zona.

–¿Qué hay detrás de las montañas? ¿Se acaba la reserva?

–El mar. Sólo el mar.

–¿Y el descapotable azul?

–Ni rastro... Es la primera vez que nos ocurre. Usted sabe, J Solo, que ha habido homicidios, suicidios, faltas graves, pero nunca desapariciones... Desde la Ciudad Amurallada nadie la ha reclamado. Le hemos llamado, como siempre, antes de que se enteren las autoridades del estado. Esta ciudad, este gran valle y sus montañas no pueden dejar de ser la atracción que tanto necesita la gente –el hombrecillo se levanta de su sillón y empieza a dar vueltas por la habitación– Sin embargo, como sabrá, el ministro de fomento está inquieto y en contra de que esto continúe. Antes que nada hay que solucionar el caso. Esta mujer ha violado el tiempo máximo de estancia.

La luz entra por el ventanal, las partículas flotan en la atmósfera de aquel espacio creando la sensación ilusoria de que hasta las emociones gravitan alrededor del sol.

Me acerco hasta el hotel Majestic, hablo con el conserje, pido ver la habitación donde ha estado ella y no hallo lógicamente ni un sólo indicio de nada. Después de tanto tiempo el alojamiento se encuentra impoluto aun a pesar de que habrán fornicado muchas parejas en los lechos o alfombras donde cuatro meses antes también lo habría hecho quizá Lara Márquez a la que intentaré dar caza.

El calibre de mi reputación es más bien bajo en la Ciudad Amurallada. Según dicen, estoy acabado, soy incapaz de solucionar ningún caso peliagudo. Pero en este gran Parque de Atracciones consigo desenvolverme a mi manera, como considero que debo hacer las cosas, sin impedimentos ni comparaciones aprendidas. No soy viejo, ni estoy acabado. Soy así. El jefe me manda investigar este lugar para justificar mi salario, pero sé que los casos aquí son más importantes de lo que ellos creen. Ocurren en la libertad.

Retrato

Alquilo un flamante Ford Mustang por lo que tiene de pintoresco y porque es el primer automóvil que mi abuelo compró a finales de 1960. Pongo la foto de la chica en cuestión al fondo, en la consola, apoyada en el parabrisas y empiezo a circular por el entramado de la ciudad de los sueños pretéritos.

Siempre me llama la atención la cantidad de maniqués que rinden culto a su ofrecimiento en los escaparates: monos de trabajo, trajes de novia, bicicletas, trajes de baño, gafas de sol, pelucas de todos los colores... La desviación profesional, la obsesión de investigador, hace que me fije en esos monigotes imaginando que quizá uno de ellos pueda estar encubriendo a la persona que ando buscando. Se forma una especie de juego en la imaginación. Es como cuando alguien que ha jugado al fútbol no puede dejar de mirar una pelota sin ganas de tocarla, dominarla o pegarle un chutazo. Saben a lo que me refiero, supongo.

Conecto la radio local en el momento en que el gran Bruce Springsteen, recientemente fallecido, canta la canción *The River*. Con las montañas que se divisan al fondo de la larga avenida que me saca de esta singular ciudad, quiero pensar en un río. Son ya años sin pisar el campo o sentir el agua fresca en los pies. Hacia el río en que nos sumergíamos. Pienso en mi abuelo. Recuerdo rompientes y aguas blancas de espuma cayendo en pequeñas cascadas que las arremolinan.

Una vez en la carretera me detengo en el arcén y descapoto el coche. Me coloco una gorra de pana negra con visera rayando en cierta forma el estilo marinero. Miro por el retrovisor, primero mi facha y después la accesibilidad de la carretera, por si algún coche llega por detrás.

Esta tía está aburrida de la vida sin sustancia de nuestra maldita Ciudad Amurallada. Comprendo la actitud de la chica que, casi con toda seguridad no quiere volver, pues esa es la idea que mantengo mientras miro la cara suge-

rente y atractiva de la foto. La posibilidad de que la hayan asesinado es la segunda opción. Un accidente o un suicidio suponen las probabilidades más remotas que la experiencia me sugiere. Diga lo que diga el jefe creo que la mayoría de los casos se resuelve por casualidad.

Lugar abierto

Emociona conducir este coche por una carretera tranquila, de poca circulación, que te dirige hacia las montañas y después al mar. La montaña y el mar como un expedicionario a la busca, como en las épocas románticas de descubrimientos de rutas naturales. Siempre he leído libros de grandes aventureros del siglo XIX. Es muy probable que no haya nacido ni en la época adecuada ni en el lugar adecuado. Debo ser de otro tiempo.

Hasta ahora nunca he necesitado adentrarme por parques como estos para encontrar a las personas desaparecidas. Resulta intrigante esta búsqueda: encontrar a una chica hermosa en la espesura. No tiene nada que ver, ni resulta parecido al deambular por las calles y garitos de esta ciudad de esparcimiento para descubrir a las gentes que, llevadas por el deseo de libertad y entretenimiento, han inclinado su gusto hacia el culto al azar precisamente porque no lo disfrutaban en su urbe atrincherada y controlada al máximo.

Sigo adentrándome por la carretera hacia zonas más boscosas. Abriendo hueco en las entrañas de lo primigenio, sintiendo la explosión interna de algo vigoroso. Hay organismos que no dejan de intrigarme. Me dejo llevar por esa sensación hasta que encuentro un lugar adecuado a la concepción más ortodoxa de la montaña; esa que sobretodo he aprendido en los libros románticos.

Paro el coche. Cojo unos prismáticos y me meto andando entre los grandes abetos hacia el fondo, donde se intuye un claro entre la frondosidad.

Instinto

Siempre, al principio de las investigaciones, me dejo llevar por la intuición. El alma de artista está poco valorada en el gremio; por ello tengo mala reputación y pocos casos resueltos en la Ciudad Amurallada. No desprecio de todas formas la lógica de los acontecimientos, pero soy como soy. Es como si determinase la trayectoria de mis pasos en un tiempo muy cercano a lo instantáneo, como si ellos mismos tomaran las decisiones en una suerte de desconexión con el razonamiento que emite las órdenes. Sabrán a lo que me refiero, supongo.

Al llegar al lugar abierto entre los árboles se ve el mar. Sigo andando por el trecho descarnado, de una hierba corta peinada continuamente por el viento, para acercarme al límite donde la roca y el agua se juntan. El acantilado se descubre casi de pronto. Abajo, el blanco de la espuma de las olas choca continuamente contra él. Hago un barrido panorámico de toda la zona a través de los prismáticos: no parece haber ninguna persona, ni vestigio de ningún aparato o vehículo perteneciente a civilización alguna. La playa, al fondo, está vacía. El encanto de una eterna soledad.

Vuelvo sobre mis pasos y me dejo llevar por un motivo aparentemente inconsciente, aunque la despiadada experiencia detectivesca juegue un importante papel en ello, hasta que encuentre el lugar adecuado. El motivo es que me atrae estar aquí y deseo que a la chica le haya ocurrido algo parecido. Buscarla por estos parajes supone un aliciente nuevo para la profesión, algo que ando persiguiendo desde hace mucho tiempo. Quizá desde siempre. Imaginar otras pautas de conducta, olvidar la rutina de indagar por los laberintos de asfalto. Diría que las murallas y bastiones de todo tipo que protegen la ciudad en que habito producen esas ganas de dejarse abandonar a una suerte de irreflexión casi convencido por la ilusión de que la chica se haya refugiado al abrigo de la naturaleza por circunstancias similares.

La última vez que vieron a la chica fue en un descapotable azul alejándose de la Ciudad del Siglo XX. Y únicamente existe una carretera. La que le lleva a uno a las montañas.

El límite de la mirada

Me dirijo al emplazamiento elegido con una bolsa comprada en un supermercado de la Ciudad del siglo XX, descorro la cremallera y comienzo a desplegar lo que en el interior se encuentra. Me dispongo a montar una tienda de campaña. El primer paso en el método de esta búsqueda. Tras luchar contra mi falta de destreza a favor del descubrimiento de las piezas que la componen y la interpretación correcta de las instrucciones, queda por fin erecta: es como un iglú plateado.

Al cabo de un tiempo de contemplación, mientras fumo un pequeño puro, me meto dentro para sentir la protección que la tienda proporciona en medio de este mundo de árboles. Tumbado en el escondite, bajo la lona, me siento amparado por un límite cercano al que a su vez ampara otro límite, el bosque, y a éste uno más amplio y ligero, el aire, y después, a este último, otro inabarcable compuesto de cielo y universo. Hace mucho tiempo que no siento una intimidad tan física.

Disfruto del placer de pensar en hacer lo que me viene en gana sin estar sujeto a los vigilantes del orden, la salud pública y lo marcadamente correcto de la Ciudad Amurallada. Y todo esto, sospecho, me lo ha facilitado la oportunidad de buscar a la chica.

Los ruidos elementales del lugar me mantienen alerta, al igual que durante la vigilancia sin peligro de un caso de adulterio. Salgo de la tienda. Me acerco a un claro del bosque y miro desde allí a lo alto. De pronto, y como quien siente algo extraño, enfoco la mirada allí donde algo pro-

voca mi atracción para descubrir que, al otro lado del claro y escondida también entre los árboles, hay otra tienda de campaña.

La joven

Es el mes de septiembre. Las nubes convierten el día en gris como para envolverle a uno de tristeza. Pero me noto bien en mi labor de detective por la montaña; aunque parezca extraño, es algo que es la primera vez que hago, y supone, al fin, una aventura. El ánimo despide unos destellos subyugantes y hasta me atrevería a decir que esos destellos son más intensos que de costumbre, como si pertenecieran a un terreno espiritual, a una masturbatoria ensoñación.

Enseguida, mi atención profesional se centra en la tienda escondida. Al acecho, empiezo a recorrer la senda que nos separa. Ando sigiloso entre zarzas y árboles para rodear el claro del bosque. Intento que las hojas muertas del suelo no crujan. Ligeramente agachado, avanzo. Cierro la cremallera de la cazadora, pues varias veces se me ha enganchado en ramas y arbustos. Es algo que siempre se me olvida, aunque en más de una ocasión me ha originado un percance el llevarla abierta. Una vez me quedé de ese modo enganchado a una tubería y el sospechoso, que se encontraba a mi alcance, huyó con una sonrisa en sus labios. Llevo la respiración contenida al tiempo que mi percepción atiende a cualquier movimiento. Un mirlo dando saltos se cruza en el camino. Recuerdo de pronto muchas aves, muchos nombres olvidados. El abuelo hablaba a menudo de pájaros.

He de ser cauteloso. Pienso en el bastón de monte cuyo mango desenroscado se convertía en una punta de lanza para defenderte de las alimañas. Inconscientemente me he precipitado hacia el bosque sin considerar que el arma reposa en el interior del automóvil, así que ahora, a la vez

que cauteloso, me vuelvo precavido, como un animal astuto. Me gusta que mis premisas tengan relación con el caos que equilibra la naturaleza.

Cuando acaba la estrategia de acercamiento a la tienda, entreveo a través de una abertura en la lona la espalda algo inclinada de alguien sobre una mesa. Me quedo observando desde la distancia. En un momento, la figura se estira alargando los brazos hacia arriba. Juraría que es una mujer. Desde el escondite miro hacia mi propia tienda y la veo mal camuflada entre los colores de otoño. El plateado de sus paredes estalla como corazas y escudos en el verde campo de batalla. Decido cambiarla de lugar. Debo ser el observador, no el observado. ¿No soy acaso el nuevo buscador de especímenes extraviados?

Una vez terminada la tarea de indagación de otro emplazamiento más alejado, y el penoso desguace y posterior montaje de la tienda, saco la petaca para beber un sorbo. Necesito el alcohol desde hace años, pero casi nadie lo sabe. Es una sustancia prohibida y en vía de extinción en la Ciudad Amurallada. Empecé a beber cuando supe que en esa maldita ciudad nunca podría ser un buen investigador. Me ayuda a ocultar la ansiedad.

Gradúo los prismáticos de campaña y vigilo. Robles, pinos y helechos; brezos, sabinas y enebros se interponen en la mirada. Olores de otro tiempo que me llenan de nostalgia. Durante una hora no ocurre nada, pero allí, protegida en su guarida en medio del bosque, estoy convencido de que hay una mujer.

Otoño

Un ligero viento del noroeste hace correr las nubes sin orden alguno. Alguien, al fin, sale de aquella tienda de campaña. Estira los brazos hacia el cielo, realiza tres flexiones y, después de un rato, vuelve al interior. Es una mujer con

un gorro cubriendo su cabeza. Viste pantalones de soldado, botas de monte y una camiseta ajustada al cuerpo. No se aprecia aquel color de pelo ni aquella mirada que en la foto tanto me han llamado la atención.

Las hojas de los árboles ya han empezado a caer, mudando de color. Amarillo, ocre, marrón y sobre todo aún un verde que empieza a mirar al invierno. Se ven bandadas de patos en formación dirigirse hacia el sur, uves inestables en movimiento sobre mi cabeza.

Abandono los prismáticos y decido echarme a andar. Recuerdo que el caminar por las montañas incrementa el entusiasmo. Únicamente se impone el presente, su eternidad y a la vez su inmediata fugacidad. La chica aparecerá tarde o temprano. Tengo completa libertad de movimientos. El caso puede esperar. Recordamos el pasado e imaginamos el futuro, pero vivimos en la percepción continua del presente.

No se me considera un buen profesional. Me parece injusto, pero así es mi vida. No hago las cosas a modo de un autómatas, que es lo que a ellos les cuadra, y por eso me reservan únicamente los casos de este gran Parque de Atracciones. Aquí no soy tampoco un Samuel Spade, un Philip Marlowe o algún otro detective de mis novelas negras preferidas, pero sí soy yo, alguien que cree en sí mismo a su manera, y actúa sin injerencias externas. No soy un estereotipo, conservo una genuina sensibilidad adquirida en la infancia. Hoy, en contacto con la naturaleza, me doy especial cuenta de ello. Siempre he mirado la materia, las diversas sustancias, con la intención de verlas, de comprenderlas con los sentidos y con la lógica de la memoria, pues de ella se nutre la continua e inagotable admiración que percibo por lo creado.

Debo ser un tipo raro. Me gusta leer. Estudié literatura de joven pero me metí en la profesión de detective siguiendo la saga familiar; tenía que comer y también la querencia sentimental me condujo a ello. La literatura está en desuso; no hay un tipo de mi profesión que lea más que las noticias